

Las manoleínas de la niña acariciaban las baldosas del suelo de la estación de Cercedilla. Sus flacuchas y blanquecinas piernas colgaban del banco y se movían hacia delante y atrás sin variar el ritmo. Estaba esperando, ansiosa, a que llegase el tren. Ella siempre había disfrutado con la llegada de éstos. Le resultaban fascinantes, y más todavía las historias que albergaban. Tantas anécdotas únicas y distintas las unas de las otras, concentradas todas en aquel viajero nómada de metal. Anécdotas que ella era capaz de apreciar y de leer.

Otros coleccionaban sellos, tocaban instrumentos o jugaban a la rayuela como pasatiempo. Ella no, ella escuchaba las historias traídas por los raíles.

La pequeña ladeó la cabeza. Podía notar el viento despeinar con delicadeza su melena color miel. Y de repente, lo oyó. Muy a lo lejos. Acercándose progresivamente. Lenta pero constantemente. El corazón se le aceleró casi sin poder evitarlo. Ya venía. Un diminuto punto blanco apareció en la distancia y fue haciéndose más y más grande. Podía oír el incesante traqueteo acercarse a ella. Y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Ya llegaban las historias. El anhelado momento había llegado. El tren se paró, exhalando ese ruidoso suspiro que emitía cada vez que dejaba de estar en movimiento y las puertas se abrieron.

Una joven bajó a grandes zancadas, llorando desconsolada. Se detuvo un instante para leer un papel que tenía entre sus temblorosas manos. Acto seguido lo rompió en pedazos, furiosa. Y desapareció de aquella estación en cuestión de segundos. Una suave brisa, tan curiosa como la niña, trajo un resto de aquel papel a los pies de la pequeña. "Siento que no funcionara". Una simple frase, con su sujeto y predicado como todas las demás, pero devastadora como ninguna. De un momento a otro su corazón se había quedado destrozado en mil pedazos.

Ahora era el turno de un hombre de avanzada edad. Llevaba un bloc de dibujo y lápiz en mano. La niña lo observó con aquel descarado detenimiento característico de la infancia. No parecía un verdadero artista. Sino más bien alguien que trataba de ser uno. Su grisáceo y aburrido traje delataba un pasado de notario o quizás de becario. Un pasado que le había marcado de por vida. Aún así, la muchacha podía percibir un deseo por renovarse, por cambiar aquellos recuerdos monótonos y por experimentar en la mirada del hombre. En el bloc se podía adivinar el esbozo de un paisaje que quizás acababa de estar admirando a través de la ventana. El artista primerizo miró la hora en su reloj antes de seguir avanzando. Mientras andaba iba tratando de plasmar en un folio en blanco toda la belleza que se mostraba a su alrededor. Absorto en los trazos que la mina de grafito iba dibujando.

La niña desvió su atención al interior del vagón. Otra historia la estaba llamando. Sentados en el lateral izquierdo del tren había una familia de origen africano. Charlaban despreocupados en su lengua natal. A la niña le encantaba la colorida y alegre ropa que llevaban. Se deleitaba al escuchar aquellos sonidos tan raros y diferentes al castellano de aquella lejana cultura. Le gustaban mucho las intrigantes historias que traían los extranjeros. ¿Por qué habían cogido ese tren con dirección a Cercedilla? ¿Por qué habían tenido que irse de su país? ¿Qué pensaban hacer en España? Infinitas respuestas brotaron del interior de su mente...

El tren estaba a punto de continuar con el viaje cuando la muchacha percibió otra historia a un par de metros de distancia. Vio a una mujer en silla de ruedas. Nadie parecía haberse percatado de su presencia ni de los desesperados esfuerzos que estaba haciendo para subirse al vagón. El andén estaba casi desértico a aquella hora del mediodía. La mujer miró a su alrededor con gesto angustiado. El tren iba a partir y lo iba a hacer sin ella. La niña se bajó con habilidad del banco y se acercó a la señora. Sus miradas se encontraron. -¡Ayuda por favor! – exclamó la pequeña. Por suerte, un joven salió del vagón vecino al darse cuenta de la situación y subió la silla de ruedas al tren. Después se despidió con un gesto cordial. La mujer, agradecida, agarró el medallón que tenía colgado al cuello y al que parecía tener bastante cariño mientras le sonreía con ternura a la pequeña criatura. Poco a poco el tren se fue poniendo en marcha. Y la niña regresó a su banco. Estaba feliz. Había contribuido en el curso de la historia de aquella mujer. En la historia que todavía no había llegado a su fin. En la historia que duraría dos o tres paradas más quizás. En la historia que finalizaría con un cálido reencuentro entre dos personas que no se habían visto en mucho tiempo. Y ella había ayudado a escribir aquella preciosa anécdota.

Un apacible silencio reinaba en la atmósfera. Sólo se oían los leves susurros del viento al mecer las hojas de los árboles. La niña cerró los ojos y se apoyó en el carcomido respaldo. ¿Y si el mundo fuera una estación de tren en la que los pasajeros son ayudados por otras personas a terminar sus historias? ¿Podría ser eso posible? La muchacha no lo sabía. Abstraída, perdió su mirada en el horizonte que se extendía más allá de los raíles para esperar la llegada del próximo tren.

Alcaláine .
7